

VIVA JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA DE JESÚS

DEVOCION

DE

LOS SIETE DOMINGOS

consagrados á honrar los

DOLORES Y GOZOS DEL INCOMPARABLE PATRIARCA

SAN JOSÉ

POR

D. Enrique de Ossó, Pbro.

CON INDULGENCIA PLENARIA PARA CADA DOMINGO

Aunque tengas muchos Santos por abogados, séalo en especial San José, porque alcanza mucho de Dios.

(Santa Teresa de Jesús).

Con licencia eclesiástica

BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA TARRÉS

Calle de Elisabets, núm. 1

1894



¡VIVA JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA DE JESÚS!

DEVOCIÓN

DE

LOS SIETE DOMINGOS

consagrados a honrar los

DOLORES Y GOZOS DEL INCOMPARABLE PATRIARCA

SAN JOSÉ

POR

D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO.

CON INDULGENCIA PLENARIA PARA CADA DOMINGO

Aunque tengas muchos santos por abogados,
séalo en especial san José, porque alcanza
mucho de Dios.

Sta. Teresa de Jesús.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

BARCELONA
Librería y Tipografía Teresiana
Calle de Elisabets, 11
1894

DEDICATORIA

A las almas que desean acertar en la delicada elección de estado o alcanzar alguna otra gracia especial del excelso patriarca san José, ofrece y dedica este librito,

El Autor

Barcelona-San Gervasio, 1º. del mes del Santo, de 1894

INSTRUCCIÓN

Pensamientos

1º. La devoción de los Siete Domingos en obsequio del glorioso patriarca san José es una de las más practicadas por los fieles, de las más provechosas, y de las más eficaces para alcanzar gracias especiales por intercesión del santo patriarca.

2º. No hay devoto josefino que no practique esta devoción una o más veces al año para alcanzar, alguna gracia extraordinaria o dar gracias por las recibidas. Los sumos pontífices la han enriquecido con preciosas indulgencias, en especial Pío IX la ha enriquecido con una indulgencia plenaria en cada domingo, aplicable a las almas del purgatorio.

3º. Para ganar tan preciosas indulgencias son condiciones precisas para cada domingo: 1ª. Confesar, comulgar y orar un rato a la intención del sumo pontífice. 2ª. Rezar o hacer el ejercicio de los siete dolores y gozos de san José. Los que no saben leer o no tienen la deprecación de los siete dolores y gozos pueden ganar esta indulgencia plenaria rezando en cada uno de los Siete Domingos siete Padrenuestros con Avemaría y Gloria. 3ª Los Siete Domingos deben ser consecutivos, porque si hubiese interrupción, aunque fuera involuntaria, deberían empezarse de nuevo.

4º. Te recomendamos, devoto josefino, con la mayor eficacia hagas esta devoción: 1º. Para conocer tu vocación, o acertar en la elección de estado. 2º. Para alcanzar una santa muerte, recibiendo con fervor los santos sacramentos. 3º. Para obtener la conversión de algún pecador. 4º. Para vencer la tentación molesta, o alcanzar victoria de tu pasión dominante. 5º. Para el buen éxito de algún negocio a mayor gloria de Dios y del Santo. 6º. En acción de gracias por los beneficios que hemos recibido de Dios por manos del excelso patriarca. 7º. Para lograr el espíritu de oración y unión con Jesús y María.

5º. No dudes, devoto josefino, que según sea tu confianza, será el despacho de tus ruegos. Espera mucho, espéralo todo de la intercesión poderosa de san José, y recibirás grandes gracias. Pruébalo, si no lo creyeres, y lo verás por consoladora experiencia según testimonio de la sin par heroína española, devotísima del excelso patriarca, santa Teresa de Jesús.

6º. Después de Jesús y María, san José ha de ser el santo más honrado y amado de tu corazón, porque lo fue de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu santo; de Jesús y de María.

7º. Jamás pedí cosa por intercesión de san José que no la haya alcanzado; san José socorre en toda necesidad. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por mediación de san José, de los peligros que me ha librado así del cuerpo como del alma. No he conocido persona que de veras sea devota de san José y le haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud. Aunque tengas, pues, muchos santos por abogados, séalo en especial san José, porque alcanza mucho de Dios. (*Santa Teresa de Jesús, vida c. 6*)

PRÁCTICA DE LOS SIETE DOMINGOS

Todos los domingos se empieza con la señal de la santa cruz, etc., y las siguientes

Oraciones para antes de la meditación

Trinidad Beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón, y me pesa de haberos ofendido por ser bondad infinita; os doy gracias por haber honrado sobre todos los santos al glorioso patriarca san José con la dignidad incomparable de padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios, y de esposo verdadero de María, Madre de Dios. Dadme gracia copiosa para honrarle dignamente en este día, merecer su protección en vida y en la hora de la muerte, y conseguir el favor especial que solicito en estos Siete Domingos. Y si mis culpas, oh Dios de amor, impiden el recibir estas gracias, yo las detesto con toda mi alma por ser ofensas de vuestra infinita bondad, y propongo de todas veras nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones peligrosas, y hacer una buena confesión de todos mis pecados, con vuestra gracia y la intercesión de María y san José. Amén.

A san José

Santísimo patriarca san José, padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, jefe de la Sagrada Familia, provisor de la gran familia cristiana, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, el más amado y amante de Dios y de los hombres; a vos elijo desde hoy por mi verdadero padre y señor, en todo peligro y necesidad, a imitación de vuestra querida hija y apasionada devota santa Teresa de Jesús. Descubrid a mi alma todos los encantos y perfecciones de vuestro paternal corazón: mostradme todas sus amarguras para compadeceros, su santidad para imitaros, su amor para corresponderos agradecido. Enseñadme oración, vos que sois maestro de tan soberana virtud, y alcanzadme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, la gracia de vivir y morir santamente como vos, y la que os pido en estos Siete Domingos a mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

Oración final para después de la meditación

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María, dulce abogado mío san José, que jamás se ha oído decir que ni uno solo de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro socorro, haya quedado sin consuelo. Animado con esta confianza, vengo a vuestra presencia en este día y me recomiendo fervorosamente a vuestra bondad. ¡Oh padre adoptivo del mi redentor Jesús!, no desatendáis mis súplicas, antes bien acogedlas favorablemente y socorredme con piedad. Amén.

Y para más obligaros rezaremos siete Padrenuestros, Ave María y Gloria Patri con las siguientes oraciones en memoria de vuestros siete principales dolores y gozos.

Primer dolor y gozo

Por no saber el misterio de la Encarnación, deliberáis dejar secretamente a vuestra virginal esposa María: ¡qué dolor! Mas, un ángel os quita todo recelo al revelaros que María ha concebido por obra del Espíritu Santo: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, oh padre mío san José, libradme de los juicios temerarios, y alcanzadnos verdadera caridad con el prójimo.

Medítese un momento y récese un Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Segundo dolor y gozo

En suma pobreza el buen Jesús nace de María Virgen, que le envuelve en pobres pañales y le recuesta sobre pajas en un pesebre, en el rigor del invierno, en la cueva de Belén, porque no hubo lugar para ellos en el mesón: ¡qué dolor! Mas luego le veis adorado de los ángeles, pastores y reyes: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos que desapeguemos nuestro corazón de las criaturas, y busquemos y hallemos a Cristo Jesús nuestro Dios.

Padrenuestro, etc.

Tercer dolor y gozo

Derrama sangre en la circuncisión el tiernecito e inocente infante Jesús: ¡qué dolor! Mas, le imponéis el nombre dulcísimo de Jesús, que salvará a su pueblo: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos que con todos seamos mansos y con nosotros rigurosos por la mortificación y abnegación cristianas, y vivamos y muramos con Jesús y por Jesús.

Padrenuestro, etc.

Cuarto dolor y gozo

Profetiza Simeón la terrible pasión de Jesús y de María: ¡qué dolor! Mas os anuncia los frutos de su pasión y la salvación de infinitas almas: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos que, atendiendo con todo ahínco a nuestra propia salvación y perfección, seamos siempre los primeros en conocer y amar a Jesús y a María, y hacerles conocer y amar, salvando infinitas almas por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio.

Padrenuestro, etc.

Quinto dolor y gozo

Huís de noche precipitadamente a Egipto con Jesús y María: ¡qué dolor! Mas, libráis de esta suerte a Jesús del furor de Herodes, y veis caídos a su presencia los ídolos de los egipcios: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos la perseverancia en el amor de Jesús, huyendo siempre de todo pecado y de las ocasiones de pecar.

Padrenuestro, etc.

Sexto dolor y gozo

Al recibir aviso del ángel volvéis a Judea con Jesús y María, pero teméis a Arquelao, no menos cruel que su padre Herodes: ¡qué dolor! Mas el ángel os disipa toda inquietud, y os retiráis a tierra de Galilea y venís a morar en vuestra deliciosa casita de Nazaret con Jesús y María: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos el vernos siempre libres de la tristeza e inquietud, y servir al Señor siempre en paz y alegría.

Padrenuestro, etc.

Séptimo dolor y gozo

Perdéis a vuestro dulcísimo Jesús: ¡qué llanto!, ¡qué dolor! Mas le halláis al cabo de tres días en el templo, sentado en medio de los doctores, pasmados de su sabiduría y de sus respuestas: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, padre mío, alcanzadnos la gracia de ser siempre todos de Jesús, salvarle el mayor número posible de almas, y por fin cantar eternamente las misericordias del Señor en vuestra compañía y de Jesús y María. Amén.

Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía.

Padrenuestro, etc.

PRIMER DOMINGO

Se consagra a honrar el primer dolor y gozo de san José, con motivo de la divina maternidad de María.

José contempla a María
después de la Encarnación,
y ¡ay! siente su corazón
inexplicable agonía.

Mas del celestial imperio
baja un ángel y consuela
a José, pues le revela
el inefable misterio.

Por la señal, etc. y oraciones.

Meditación

Sentimientos de san José en el misterio de la Encarnación

Composición de lugar. Contempla a san José sumido en mortal angustia por causa del embarazo de María su esposa, y el ángel que le revela el misterio.

Petición. Dadme, santo mío, el meditar con provecho vuestros dolores y gozos.

Punto primero. La más cumplida alabanza que puede tributar a un puro hombre el Espíritu Santo, la dispensó a san José al llamarle varón *justo*. Si en algún accidente de su trabajosa vida pudo acreditar el Santo que era justo y obraba en justicia, fue al advertir el embarazo de su castísima y virginal esposa María. Ignoraba san José el misterio de la Encarnación del Verbo en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo: conocía, por otra parte, la pureza angelical de su esposa, incapaz de cometer el más leve pecado; recordaba al propio tiempo la ley que mandaba fuese delatada la mujer adúltera para morir apedreada. ¿Qué hacer, pues? Batallaban en el corazón de san José el amor a la justicia y el amor a su esposa, y por no faltar a cosa alguna tomó como justo, el más acertado camino, resolviendo dejarla ocultamente.

¡Oh santo mío!, ¡qué lección me dais de justicia y de caridad! vos, teniendo evidentes razones en lo humano para juzgar desfavorablemente del prójimo, no os atrevéis; suspendéis el juicio y lo dejáis a Dios; y yo con el más leve fundamento, y a veces sin él, por pura malicia juzgo mal de mi prójimo, critico sus actos, murmuro de sus buenas obras, y cuando otra cosa no puedo, condeno la rectitud de sus intenciones. ¡Cuánta es mi injusticia, mi maldad! Hazme justo en mis juicios y obras, oh santo mío, para que al ser juzgado sea absuelto, pues escrito está: “Con la medida que midiereis, seréis medidos”; “juicio sin misericordia para aquel que juzgó sin misericordia a sus hermanos”.

Punto segundo. Para premiar la fidelidad de su siervo, mandó Dios a un ángel que le declarase el misterio de la Encarnación del Verbo y volviese la tranquilidad a su turbado espíritu. “José, hijo de David, le dice el ángel, no temas admitir en tu

compañía y permanecer al lado de tu purísima y virginal esposa María, pues lo que ha concebido en su seno es por obra del Espíritu Santo”.

“Sábetete que dará a luz un Hijo, y tú mismo le llamarás con el nombre suavísimo de Jesús, porque ha de salvar a su pueblo de todos sus pecados”. Como la suave aurora torna la alegría al mundo después de borrascosa y lóbrega noche, así esta aparición celestial inundó de luz y gozo el alma de san José... Sentimientos de acción de gracias brotan de su agradecida alma al verse elegido entre todos los mortales por esposo de la Madre de Dios y vice-padre del Hijo del Eterno. Padre Santo, que estáis en los cielos, exclamaría san José confuso, agradecido y humillado, ¿de dónde a mí el inmerecido honor que fiéis a mi cuidado los tesoros más preciosos de santidad y justicia que vos mas amáis? Yo, pobre carpintero, ¿he de aparecer a los ojos de todo el mundo padre del Hijo de Dios, he de mandar a Jesús y a María, reyes de cielos y tierra? ¡O ensanchad mi pequeñez, o quitad de mi esta merced; no sea caso, Dios mío, se estimen en poco vuestros dones al ver que los dispensáis a tan baja y vil criatura!...

¡Oh alma justísima de san José! ¡Cómo confunde vuestro ejemplo de gratitud mi olvido en dar gracias al Señor por los beneficios recibidos! En cada momento, Dios mío, como Padre bondadoso llovéis vuestros dones sobre mí; mas ¡cuán pocas veces levanto los ojos a vos para deciros de corazón: Gracias, bien mío, gracias! ¡Oh fidelísimo san José!, alcánzadme del Señor el agradecimiento a sus bondades para merecer otras mayores.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, cuál ha sido tu aprecio de la dignidad de cristiano. También a tu guarda y fidelidad ha confiado el Señor ricos tesoros de gracias. Te ha hecho hijo suyo por el Bautismo, te ha dado su cuerpo y sangre por alimento, participas de su misma naturaleza por la gracia, y te promete su reino y felicidad eterna por recompensa... ¿Cómo has correspondido a tantos beneficios? ¿Qué cuenta has dado al Señor por tan divinas distinciones? ¿Has sido fiel a las promesas que hiciste a Dios? ¿Dónde está tu blanca estola de la inocencia lavada en la sangre del Cordero?... ¿No es verdad que una a una y ciento a ciento cayeron sobre ella las manchas del pecado? ¿Has llorado al menos tamaña desgracia como se merece?... ¡Oh, mi inocencia y dignidad de cristiano!, ¡y en cuán poco os he tenido! Más inconsiderado que Esaú, vendí mi primogenitura por un sucio deleite, por un cabello de interés, por satisfacer un vil capricho, por una vanidad, por una nadería. ¡Perdón, Dios mío! revestidme de nuevo con vuestra gracia: la inocencia no es posible; concededme al menos el arrepentimiento para merecer vuestro cariñoso abrazo, que jamás negáis al corazón contrito y humillado... ¡Oh santo mío!, alcánzadme de Jesús esta gracia, para merecer un día cantar con vos sus alabanzas en el cielo. Amén.

EJEMPLO

Santa Teresa de Jesús o Teresa de José

Miles y miles de gracias recibió la Santa por intercesión del santo patriarca, pues como ella escribe, nunca le pidió cosa que la dejase de hacer, y como en su accidentada vida millares de veces había de necesitar del favor del cielo, claro está que siempre vio logrados sus deseos por intercesión del Santo. Mas entre todas merece citarse la que la Santa escribe recibió el día de la Asunción de nuestra Señora, en Ávila, en la iglesia de santo Tomás, de padres dominicos, donde iba a confesarse. “Estaba considerando (dice) los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y

cosas de mi ruin vida; vínome un arreabatamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Senteme y aún paréceme que no pude ver alzar ni oír Misa, que después quedé con escrúpulo desto. Pareciome estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; y al principio no veía quien me la vestía: después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José; que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor y ellos dos: que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor: no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: Parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más a mi parecer que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme de él), pareciome que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada, y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme, ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejome consoladísima y con mucha paz”.

Obsequio. No dejaré pasar día sin invocar a san José y acudir a él en todas mis necesidades.

Jaculatoria. Jesús, José, Teresa y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Oración final y los siete dolores y gozos.

SEGUNDO DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y gozo de san José, en el nacimiento del Niño Jesús en el portal de Belén.

A su tierno Jesús ve
nacer en suma pobreza;
tanto dolor y aspereza
le parte el alma a José.

Mas ¡qué gran satisfacción
viendo al Niño entre esplendores
recibir de los pastores
y reyes adoración!

Por la señal, etc. y oraciones.

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en el nacimiento de Jesús

Composición de lugar. Contempla a san José adorando, con María, a Jesús recién nacido, en la cueva de Belén, porque no había para ellos, pobrecitos, lugar en la posada.

Petición. Desprendedme, glorioso san José, de todo afecto desordenado a las criaturas.

Punto primero. Llega san José con María su esposa, próxima a dar a luz al deseado de las gentes, a la ciudad de Belén, su patria, después de un viaje penoso, y no encuentra casa donde guarecerse del frío de la noche, en la rigurosa estación del invierno. ¡Qué dolor para el corazón de san José!... Para el niño Moisés abandonado a las corrientes del Nilo hubo una princesa compasiva que le socorrió; mas para Jesús, Rey de cielos y tierra, no se halló un pastorcillo siquiera que le ofreciese un pobre albergue en un rincón de su cabaña... ¡Pobre Jesús! ¡Pobre María! ¡Pobre José! ¡Oh dolor para el corazón de san José, a vista de tanta crueldad y desvío! ¿Quién no se enoja contra la dureza de los belemnitas al contemplar cómo abandonan a los rigores del frío e inclemencia de la cruda noche a una joven delicada y honestísima hija de cien reyes, próxima a ser madre, privándose por ello de hospedar en su casa al Dios de los cielos?... Mas tú, devoto del Santo, ¿no has imitado el proceder insensato de estos ingratos? ¡Cuántas veces, ponedlo bien, Jesús ha llamado a las puertas de tu casa por mano del pobre, y le has despreciado! ¡Cuántas por sí mismo ha llamado a las puertas de tu corazón, pidiéndote morada en él, y tú, cruel más que los belemnitas, no solo no has querido oír su voz, sino que a su presencia has dado franca entrada en él a sus enemigos! ¡Qué locura e ingratitud!... Y lo que más sintió san José en esta ocasión fue el recibir tamaño agravio de parientes y amigos. Y tú también has causado este dolor a Jesús y a José cuantas veces has despreciado sus inspiraciones. Que un desconocido me insulte, dice el Señor, lo sufriré con calma; pero tú, devoto de san José, que eres mi amigo, tú que eres mi hermano, que no quieras tú darme hospedaje en tu corazón; que me arrojes de él por el pecado, ¡oh dolor!, no puedo ponerlo a paciencia... ¿Qué decimos a estas justas reconvenciones?... Confundámonos y enmendémonos.

Punto segundo. Contempla, devoto de san José, una de las escenas más tiernas que admirar pueden los ángeles y los hombres. El infante Jesús, recién nacido, e Hijo de Dios, reclinado está sobre unas pajas en un pesebre, en una cueva, y envuelto en pobres pañales en el rigor del invierno; María, Virgen y Madre de Dios, arrullando está con amor indecible a su adorado Hijo; san José, arrodillado a los pies del divino Niño, derramando está copiosas lágrimas de ternura... Adora san José al infante Jesús como a Dios, y como padre adoptivo le toma en sus brazos, le estrecha contra su corazón, imprime un ósculo amoroso en su divina frente, le acaricia, y Jesús agradecido le sonrío... ¡Oh sonrisa del Niño Dios, quién pudiera gozarte! Dime, santo mío, ¿qué sintió tu corazón en estos momentos deliciosos?... ¿Cómo te derretirías en amor?... Mas ¡ay! que llora el tierno Jesús, y sus lágrimas enturbian un tanto el gozo de san José... Pero Dios envía un coro de ángeles para que con sus suavísimos cantos le acallen juntamente con los cuidados de san José, y acuden también invitados por los ángeles los sencillos pastores de Belén, para adorarle y ofrecerle presentes perfumados del más acendrado amor. Y el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres cantan gloria a

Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad... ¡Oh José santísimo!, descubre a nuestras almas los encantos de tu adorado Niño Jesús; da a gustar a nuestros corazones las delicias de la piedad. Muéstranos cuán suave es el trato y amistad con Jesús, y pon hastío en nuestras almas por todo lo que no sea Jesús... Ese hermoso Niño Jesús, a quien tú adoras como a Dios y acaricias y regalas como a hijo, reine por amor en mi corazón para siempre, mi querido padre y señor san José. Amén.

Punto tercero. ¿Qué siente tu corazón, oh devoto de san José, al considerar este tiernísimo misterio? ¿Qué afectos brotan de él? ¿Qué dices, qué resuelves a la presencia de Jesús, María y José?... Jesús desde el pesebre te predica el desprendimiento más perfecto de todo lo que el mundo ama y adora. ¿No te aprovecharás de tan divina lección?... Riquezas, honores, placeres, son pueriles naderías que desdeña el Niño Dios. ¿Por ventura pueden merecer el aprecio de un varón cristiano?... ¡Oh buen Jesús!, a tus pies reconozco que todos los bienes del mundo son como humo que se disipa, flores que se agostan, vanidad de vanidades que pueden atormentar mi corazón, mas no llenarlo y hacerlo feliz... ¡Oh mi divino Jesús!, ¡oh mi pobre y adorado Jesús!, cuanto por mi amor te contemplo indigente y abatido en ese pesebre, tanto eres más rico y estimado para mi corazón. Tus lágrimas lavan mis culpas; tu pobreza condena mi voluptuosidad y delicadeza; tu humildad cura mi orgullo. Pobrísimo está mi corazón de méritos, desnudo de toda virtud; vil establo ha sido hasta ahora donde se han guarecido toda clase de vicios... Mas, oh piadoso san José, no tengo otra cosa que ofrecer a tu pobre Jesús... Acéptalo, pues, tal cual es y purifícalo... Si más tuviera y cosa mejor poseyera, bien sabes, dueño mío, que gustoso se lo diera... Tan solo arroyuelos de lágrimas de arrepentimiento y dolor pueden brotar de esta tierra ingrata, si tú la hieres con la vara de amores de tu divino Jesús... Hiérela, pues, padre mío san José, para que sea purificada con las aguas de la gracia, y broten en ella el lirio y las flores de olor, y sea jardín de delicias donde venga a recrearse y descansar tu Jesús, el alma que antes fue para Él lugar de horror y tormento. Ven, Jesús, ven María, ven José, venid a mi corazón, y descansad eternamente en él. Amén.

EJEMPLO

Dos frailes carmelitas descalzos, de Granada, salieron de su monasterio, cuando vieron aproximarse a un hombre de avanzada edad, de buena presencia y aspecto venerable, el cual se colocó entre ellos procurando saber de dónde venían. “Del Convento de los Carmelitas”, respondieron ellos. —Mis padres, replicó el desconocido, ¿por qué motivo tienen ustedes tanta devoción a san José? —Es porque nuestra santa madre Teresa de Jesús tenía mucha veneración y respeto a este grande Santo, que la favorecía poderosamente en la fundación de sus monasterios y le alcanzaba del cielo innumerables gracias, y por eso, en reconocimiento, ella dio la invocación de san José a casi todas las casas de la orden que fundó.

“Yo ya lo sabía, continuó el desconocido; miradme a mí, y tened a san José una devoción igual a la de vuestra Madre, y todo lo que le pidieris lo alcanzaréis”; después de cuyas palabras desapareció. Los dos frailes, por más que buscaron, no vieron persona alguna, y volviendo a su convento dieron cuenta al prior de lo que les acababa de acontecer. “Era san José, les dijo él; no fue por vosotros, sino por mí, que tuvo lugar esta aparición; porque yo no era tan devoto de san José como debía; mas de aquí en adelante lo seré”. Este suceso, según se refiere, aconteció en 1584, dos años después de la muerte de santa Teresa de Jesús.

Obsequio. Rogaré por la conversión de los pecadores, y haré a este fin, los Siete Domingos.

Jaculatoria. Jesús mío, misericordia y perdón por los pobrecitos pecadores.

Oración final y los siete dolores y gozos.

TERCER DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y gozo de san José en la circuncisión del Niño Jesús.

El Niño es circuncidado
y la sangre que ya vierte
a José aflige de suerte
que llora desconsolado.

Mas ¡oh placer sin igual
cuando un ángel del Señor
llama *Jesús, Salvador*
a ese infante celestial.

Por la señal, etc. y oraciones

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la circuncisión de Jesucristo

Composición de lugar. Representate a san José derramando la sangre de Jesús, e imponiéndole tan dulcísimo nombre.

Petición. Enseñadme, san José, a pronunciar devotamente el nombre de Jesús.

Punto primero. El orgullo del hombre exigía para su reparación el abatimiento de un Dios; la corrupción de la carne reclamaba por medicina la mortificación del Hombre-Dios. Conocía el Señor que el origen de todos nuestros males eran la soberbia y la sensualidad, y como sabio médico empleó todos los recursos de su sabiduría para curarlos... Jesucristo, sujetándose a la circuncisión, condena nuestra delicadeza y altanería. ¡Cuánta humillación no sufre el infante Jesús en esta dolorosa ceremonia! Era el Santo de los santos, y aparece como inmundo y necesitado de perdón, como cualquier hijo de Adán... Tanto amaba Jesús la humillación, que no le sufrió el corazón esperar el fin de su vida muriendo en una cruz, para hacerse como objeto de maldición, puesto que después de nacido se confunde luego con los pecadores... Pondera, devoto de san José, el dolor que experimentaría su corazón al ver correr las primicias de la sangre inocente de su adorable Jesús... Oye sus tiernos vagidos... Lloro san José de compasión. ¡Oh Jesús de mi alma!, exclama san José, ¿qué tiene que ver con Vos la marca del pecador?, ¿por qué imprimís sobre vuestra pura carne el oprobioso remedio del pecado? ¡Oh, el más grande y el más pequeño, el más excelso y el más abatido, el primero y el último de los hijos de los hombres!, cuanto más abatido te contemplo, mejor eres, Jesús, para mi corazón... ¡Devoto josefino!, confiesa que no

tiene cura tu soberbia si no basta la humillación de todo un Dios a arrancarla de tu corazón.

Punto segundo. Suena a los oídos de san José el dulcísimo nombre de Jesús, y cual sagrado conjuro disipa su dolor y llena de inefables consolaciones su alma. Jesús es nombre de grandeza, porque expresa el Dios de los hombres; Jesús es nombre de dulzura, porque representa el padre de los hombres; Jesús es nombre de poder, porque significa el Salvador de los hombres... Por ello san José adoró el nombre de Jesús por su excelencia, le amó por su dulzura y le invocó con confianza por su poder. “¡Oh Jesús, padre de los pobres y consuelo de los afligidos!, ¡verdaderamente eres Jesús, hijo mío, decía san José, pues tan presto derramas tu sangre para salud del hombre!”... En este momento el Padre eterno, que se complace en ensalzar a los humildes, descubrió a san José todo el fruto de esta sangre divina y las ruidosas victorias que este nombre santo reportaría sobre las potestades del averno, y su eficacia para conseguir del eterno Padre todo cuanto por Él se le pidiese. Contempló postrados de rodillas al oír ese nombre suavísimo, al cielo, a la tierra, y a los abismos, adorando su soberana excelencia. ¡Qué gozo causarían estas nuevas al corazón paternal de san José!... Medítalo en silencio... Yo también os adoro, oh Jesús de mi José, y por su intercesión os pido pongáis vuestro divino nombre como un sello sobre mi corazón y mis labios; para que no ame sino a Jesús, ni suspire sino por Jesús. ¡Oh Emmanuel amabilísimo!, sé para mí Jesús y salud; Jesús a mi memoria, Jesús a mi entendimiento, Jesús a mi corazón, Jesús en vida, en muerte y en la eternidad.

Punto tercero. ¿Cómo has practicado hasta hoy, devoto del Santo, la humildad y la mortificación? ¿Es Jesús verdaderamente Jesús para tu alma?... Quizás no sabes siquiera qué es humildad, y la necesidad suprema que tienes de esta celestial virtud para salvarte... Por ventura ignoras lo que es mortificación, y huyes de mortificar tus desordenados apetitos como del mal más temible, y buscas medios de halagar y satisfacer tus pasiones, como si en ello estuviese cifrada tu mayor dicha, y evitas con sumo cuidado todo lo que puede ser doloroso a tu sensualidad... ¡Oh devoto del Santo!, yerras, yerras si así pretendes contentar a Dios y salvar tu alma. Siguiendo este camino sembrado de flores que te ofrece el mundo y te exige tu concupiscencia, pararás al fin a tormentos eternos. Los que son de Cristo, dice san Pablo, crucificaron su carne con todas sus concupiscencias; siempre llevan ceñido su cuerpo con la mortificación de Cristo Jesús. No será para ti Jesús, si no te aplicas la medicina que te ofrece, si no aprendes las lecciones de vida eterna que te da... Si quieres reinar con Jesús en el cielo, humíllate con Él en la tierra. Si pretendes gozar de las delicias de su casa y de su gloria, menester es que padezcas con Él en el destierro. Humildad, mortificación: he aquí las dos condiciones que exige de ti el Niño Jesús para salvarte... Humillación, sufrimientos: he ahí las dos lecciones de vida eterna que te da Jesús en su circuncisión, para ser Jesús de tu alma... ¡Feliz mil veces, devoto de san José, si las oyes y practicas con fidelidad!... ¡Jesús humilde y mortificado!, reina en mi corazón por gracia eternamente. Amén.

EJEMPLO

San José socorre a las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en su última enfermedad.

La primera de las hermanas que experimentó de un modo visible la protección del Santo fue la H. Dolores del Niño Jesús Figueras, llamada por Dios de un modo muy especial a su Compañía: pues trocó, pocos días antes de casarse, su esposo terreno por su esposo celestial.

Correspondió de tal suerte a la gracia de su vocación, que muchos días hubo que no faltaba ni por cinco minutos a la presencia de Dios a pesar de ser portera, “¡Oh cuánto me recrea, exclamaba, la presencia amorosa de mi amado Jesús en el interior de mi alma! Yo veo, oigo, hablo y me recreo con mi Jesús en todas las cosas, y es para mí su presencia y compañía como cuando se derrama grande cantidad de rica esencia, que aunque no la vemos, percibimos su grata fragancia por todas partes”.

Era muy devota de san José, y habiendo caído ligeramente enferma, con muchos meses de anticipación, a pesar del parecer de los médicos y de todos dijo que moriría, y que moriría precisamente en la fiesta de san José, y que le asistiría su padre fundador. Desde entonces en los recreos era todo su consuelo hablar de la muerte y de las cosas que más ayudan a morir bien. Al entrar en la cuaresma del año 1882 dijo a la superiora: “Nuestro Señor quiere llevarme pronto al cielo, y para que me disponga bien, quiere que en esta cuaresma padezca mucho, para que me purifique, y después de estar purificada me moriré”.

En efecto: sobreviniéronle unos muy frecuentes vómitos, que la hacían padecer mucho, y la consumían lentamente, y la privaban, que es lo que más sentía, de recibir la sagrada comunión. Mas, pidiólo a san José, y de repente cesaron los vómitos y pudo comulgar con gran devoción, cosa que causó gran admiración a los médicos. La noche del 14 de marzo entró dulcemente en agonía, dándole los médicos muy pocas horas de vida.

Sus hermanas rogaban por su salud; mas ella les decía: “No me retardéis más, hermanas mías, con vuestras oraciones la visita de mi amado, pues no puedo sufrir la cárcel oscura de mi cuerpo”. Se la oía cantar con apagada voz muchas veces: “Vivo sin vivir en mí”, “Viva Jesús”, de su amada Madre santa Teresa u otra cosa del desprecio del mundo, con lo cual desahogaba las ansias vivísimas de su corazón por ver a su esposo Jesús, a quien amaba con tanta ternura.

Pidió despedirse de toda la comunidad, y dioles consejos tan sublimes que les hizo derramar lágrimas de ternura. “Hermanas, sed humildes y obedientes: sobre todo, les dijo, guardad con exactitud las santas reglas, pues esto os basta y nada más necesitáis para ser santas; no os acordéis más que de Dios y de vuestra alma, y olvidaos del mundo, porque es un falso”.

Tan confiada estaba de que había de morir el día de san José, que el día 15 de marzo, después de volver de un desmayo, dijo a las hermanas con un acento muy resuelto: “Hermanas, no quiero darme tanta prisa en morir, aunque sea el día 15 consagrado a mi santa Madre Teresa de Jesús. Tomémoslo con más calma, y así sin atropellarse ustedes y yo, y empleando santamente los días que me quedan hasta la fiesta de mi querido patriarca, veré a nuestro padre fundador, a quien espero para que me dé la última bendición, y me vendrá el tiempo justo para irme al cielo cuando allí se principie la fiesta de mi padre y señor san José. ¡Oh! ¡Cómo me reiré de la fiesta que ustedes le harán! Yo estaré ya en el cielo cantando otros cánticos más hermosos en su compañía, y celebraré la fiesta más alegre que ustedes”, y otras cosas por el estilo que movían a gran devoción y santa envidia. Fue su vida los tres últimos días como un continuo milagro, engañando a los médicos, que en cada visita juzgaban hallarla difunta.

“No moriré, repetía, como quien despierta de un sueño, no moriré hasta el día de san José. Nuestro padre fundador no está aquí, y yo le quiero hablar. Ustedes tendrían mucha pena si muriese sin estar él; estén, pues, en paz, que san José todo lo arreglará”.

Y así fue. Llegó la mañana del día 18 y vino nuestro padre fundador. Su vista llenó de consuelo a su dichosa alma, y después de hablarle y recibir su bendición, hízole la recomendación del alma, entrando en la última agonía, dulcísima y envidiable, pues como una vela que se va apagando poco a poco, la muerte se apoderó de sus miembros, y al momento en que empezaba las primeras vísperas de la iglesia vecina las monjas de san José (carmelitas descalzas), expiró asistida de su padre fundador y hermanas, quedando como dormida en plácido sueño para despertar en los brazos de su padre san José, que sin duda alguna, píamente pensando, llevó su bendita alma a cantar y celebrar su fiesta en la gloria.

Otra hija suya, jovencita, la H. Josefina Plà, tuvo también la dicha de morir después de despertar como de un profundo letargo, clamando: "Hermanas, he visto a san José, ha venido san José a buscarme. San José, san José, llevadme al cielo"; y poco después expiró, visitada sin duda de san José. Lo mismo ha sucedido a otras hermanas, muriendo todas o casi todas con todo el conocimiento, invocando a san José.

¡Gloria a san José! Confiemos en san José y amemos a san José, y el Santo bendito llevará también nuestra alma al cielo.

Obsequio. Trabajar con todo ahínco por ser los primeros en el mundo en extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María y José.

Jaculatoria. Bondadoso san José, esposo de María, protegednos y socorrednos; vivamos y muramos en vuestra compañía y de Jesús y María. Amén.

Oración final y los siete dolores y gozos.

CUARTO DOMINGO

Se consagra a honrar los dolores y gozos de san José en la presentación del Niño Jesús al templo.

Simeón ¡ay! profetiza
de Jesús pasión y muerte,
y es su voz espada fuerte
que a José lo martiriza.

Mas luego anuncia Simeón,
la resurrección dichosa,
y de júbilo rebosa
de José el corazón.

Por la señal, etc. y oraciones

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la profecía de Simeón

Composición de lugar. Contempla a María y a José presentando a Jesús en el templo, oyendo llenos de dolor y amor la profecía de Simeón.

Petición. San José mío, haced que Jesús sea para mí Jesús y no juez.

Punto primero. Vivía en Jerusalén un hombre justo y timorato llamado Simeón, que suspiraba y aguardaba al Mesías, y a quien el Espíritu Santo, que en él moraba, había prometido alargar los días hasta ver al Redentor del mundo. Entró en el templo por inspiración del cielo en el momento en que Jesús era presentado por sus padres; tomole en sus brazos, después de bendecir a Dios por haberle dejado ver al Salvador presentado a la faz de todo los pueblos, luz de las naciones y gloria de Israel, y añadió,

dirigiéndose a María: “Ese Niño destinado está a ser el tropiezo de muchos, expuesto por blanco de contradicción y para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones, no sin que traspase tu alma una espada de dolor”. El espíritu de san José entrevió de un golpe, en aquel momento en que resonaban todavía tan magníficos vaticinios, las alternativas de gloria e ignominia, de exaltación y abatimiento por donde Jesús había de pasar... Vio los tormentos y fatigas de Jesús... quizás el deicidio... Vio la ingratitud y reprobación de su pueblo, la multitud innumerable de malos cristianos que abusarían de las gracias de su Redentor... Vio gran número de réprobos que, volviendo las espaldas a su Jesús, seguirían a Lucifer condenándose eternamente... ¡Oh santo mío, dulcísimo san José! ¿Qué sentiría vuestro paternal corazón a vista de la crueldad e ingratitud de los hombres para con vuestro Jesús?... ¡Oh dureza de corazones humanos!, exclamaría san José; ¿por qué no queréis vivir para siempre amando a vuestro Salvador Jesús? ¿Por qué convertís con vuestra malicia la medicina en veneno? ¡Oh mi Jesús!, sé para todos Jesús, y no ruina y perdición.

Punto segundo. San José, que participó con su esposa María de la espada de dolor, al ofrecer el Niño Jesús como holocausto que volviera a Dios propicio a los hombres, debía participar del dulce consuelo de conocer los triunfos de su hijito Jesús en la resurrección de muchas almas a la vida de la gracia... Por esto fue dado a san José el comprender en aquella ocasión los numerosos amadores que tendría Jesús; los combates y victorias que por su amor reportarían del mundo, del demonio y de sí mismos. Vio miles de fieles adoradores de Jesús que sacrificarían, por no abandonarle, su honra, sus comodidades y regalo y hasta su vida, derramando la sangre generosamente en medio de los más inauditos tormentos. Vio poblarse los desiertos de imitadores de Jesús, y los cielos de santos y bienaventurados por los méritos y gracia de Jesús. Contempló, lleno de celestial gozo su corazón, la tierna solicitud con que miles de corazones generosos, en todos tiempos, estados, lugares y condiciones, cifrarían su mayor gloria en ser de Jesús, en militar bajo las banderas de Jesús, en servir a Jesús, en adorar a Jesús, en amarle por los que no le aman, desagraviarle por todos los que le desprecian... ¡Oh glorioso padre mío san José! ¡Con cuánta verdad se cumple en vos el oráculo del Señor, que dice que dará las lágrimas con medida! Si os entristece, os envía luego el consuelo que anima y vivifica... ¡Oh Padre eterno! Dame como a tu siervo san José la gracia de servirte siempre en medio de las tribulaciones de la vida, para no ser confundido en el último día con los réprobos que no perseveraron en el amor de tu hijo Jesús.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, si este divino y amabilísimo Niño Jesús es para ti objeto de ruina o de salud. Mira, si deseas conocerlo, cómo le imitas en la humildad, en la mortificación, en el amor de Dios y del prójimo. Examina tu corazón con sinceridad, y descubrirás la semejanza o desemejanza con el suyo... La adversidad sobre todo es la piedra de contradicción, la prueba que pone en descubierto la virtud sólida, o la oculta miseria de tu corazón. ¿Cómo pues, te portas en la tribulación? ¿Cómo aceptas los castigos y contradicciones que Dios, cual Padre bondadoso, te envía para probarte y acrisolar tu virtud y aumentar tus méritos? ¿Crecen con ellos en tu ánima, como en el de san José la sumisión y la paz, la resignación y la paciencia? ¿O quizás concedes los primeros momentos a la desesperación, y los demás a una

postración sombría?... ¡Oh, qué pequeños son nuestros sacrificios en comparación de los del glorioso patriarca! ¡Qué forzada nuestra conformidad! ¡Cuán imperfecta nuestra paciencia!... ¡Oh santo mío! ¡Cuán lejos estoy de imitarte en los trabajos de la vida! ¡Con mi paciencia agravo el mal, la expiación de mis manos se convierte en origen de nuevas faltas, y en frutos de perdición los medios de conseguir un premio eterno!... ¡Oh Dios de mi corazón! Todas las criaturas cumplen vuestras amorosas disposiciones sin murmurar ni resistir a ellas, y yo solo ¿no os daré gusto?... No, Dios mío; de hoy más, aunque repugne a mi sensualidad el cáliz de amargura, lo aceptaré resignado por venir de vuestras manos, repitiendo en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad, en la exaltación y en el abatimiento, en la compañía y en la soledad: Padre mío, cúmplase en mí siempre vuestra voluntad; bendito seáis por los siglos. Amén.

EJEMPLO

Uno de los asuntos más importantes de la vida es sin duda alguna la elección de estado, pues de su acierto depende casi siempre la felicidad temporal y eterna de las criaturas. San José, socorredor en toda necesidad, no se hace sordo a sus devotos, como lo demuestra el caso presente, escogido entre millares.

Una joven suspiraba por acertar en la elección de estado, y no sabiendo qué resolver, pues por un lado parecía la llamaba el mundo y por otro el Señor, determinó con el consejo de su confesor hacer los *Siete Domingos* a san José, para conocer con certeza su vocación. No se hizo sordo el Santo bendito, pues tan suavemente la inclinó a seguir la vocación religiosa y deshizo todo lo que parecía le podía atar al mundo, que ella misma no llegaba a comprender tan súbita claridad.

Mas no era esto lo más difícil. Los padres de la joven que mirando como sucede casi siempre, antes a su conveniencia que a la felicidad temporal y eterna de sus hijos, no quisieron darle su consentimiento de ningún modo para hacerse religiosa: "Cásate, le decían y te daremos buen dote, porque así estarás siempre a nuestro lado". Pero como cuando es de Dios el llamamiento, si no le resistimos, al fin se vence todo, así sucedió en esta ocasión por intercesión de san José. Hizo la joven otra vez los *Siete Domingos*, y, antes de concluirlos, el padre de la joven, que era el que más se oponía, estaba, como escribió un devoto josefino, chocho de alegría porque su hija había escogido la mejor parte haciéndose religiosa. Quedaron todos maravillados de tan inesperada mudanza, más no la devota josefina, que agradecida al Santo decía con gracia: "¿Por qué se maravillan? Nombré agente de este negocio a mi padre y señor san José, y él lo había de hacer y lo ha hecho mejor que yo supe encargárselo. ¡Gloria a san José!"

Obsequio. Refrena tu lengua, y esta semana a lo menos no hables sin pensarlo bien y encomendarlo antes al Señor.

Jaculatoria. Jesús, José y María, recibid cuando yo muera el alma mía.

Oración final y los siete dolores y gozos.

QUINTO DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y el gozo de san José en la huida a Egipto.

¡Qué dolor José no siente
así que un ángel le avisa

que a Egipto marche con prisa
por salvar su hijo inocente!

Pero ¡qué inmensa alegría
al libarle por su mano
del implacable tirano
que cruel le perseguía!

Por la señal, etc. y oraciones

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la huida a Egipto.

Composición de lugar. Contempla a la Sagrada Familia descansando bajo la palmera en el desierto, y acompáñales en su destierro.

Petición. Desterrad de mi alma, glorioso san José, el pecado, para que siempre viva en ella Jesús por gracia.

Punto primero. Bien pronto empezó a cumplirse la profecía de Simeón. Herodes tirano, alarmado con la visita de los Magos y con el sentido material de las profecías, tembló por su corona, y para asegurarla maquinó envolver al Mesías en una general matanza decretada contra los niños de Belén. Entonces un ángel del Señor aparece en sueños a san José y le dice: “Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise”. Comunicó san José tan inesperado anuncio a María, y partieron de noche sin vacilar, llevando en sus brazos al tierno Niño Jesús, que causaba, siendo inocente, sus padecimientos... Pondera, devoto de san José, cuántos dolores experimentaría su corazón en este trance. Pobres y sin auxilio en Belén, que era su patria, ¿qué podría esperar para Jesús y María en Egipto, país desconocido, que odiaba a los judíos que un día habían sido sus esclavos? ¿Quién les guiará en el camino? ¿Dónde han de fijar su residencia? ¿Quién les ofrecerá hospitalidad? Y sobre todo, ¿quién defenderá al pobre infante de la intemperie y agitación del viaje, de las celadas y emisarios de Herodes, de los peligros del camino, de la mudanza del clima?... Iba san José a Egipto, y no sabía por cuánto tiempo debía estar allí. ¿Cómo, pues, proporcionarse recursos para vivir? No veía otros que el mendigar, o el escaso jornal que podía ganar un desconocido artesano en país extranjero... ¡Qué motivos de dolor para el corazón paternal de san José!... ¡Oh alma mía! Compadece a tan santa, a tan pobre y angustiada familia. Fue bien penosa esta huida, devoto josefino, ya consideres lo largo y escabroso del camino, ya la permanencia incierta en medio de un pueblo que lo adoraba todo menos al verdadero Dios... ¡Qué sentiría el corazón de san José! Medítalo con amor, pues por salvar a tu Jesús pasó tan terrible angustia.

Punto segundo. Mas san José, con la compañía de Jesús y María y con la confianza en Dios, endulzaba sus dolores: su único anhelo era salvar a Jesús y María; aquí iban todos sus cuidados y deseos; y por esto abrazaba gustoso toda clase de trabajos. Descuida de preguntar al ángel el tiempo que debía permanecer en el destierro, porque donde están Jesús y María allí está el paraíso... El peso del Niño Jesús, mejor que el de las plumas a las aves, daba a nuestro Santo mayor esfuerzo para remontarse sobre todas

las miserias de la vida, y gozar, elevándose en contemplación altísima, de las dulzuras de la gloria. Lleno su pecho de amor divino, se desahogaba en tiernas caricias con el adorable Infante, que le correspondía con agradecimiento. “Yo soy, mi divino Jesús, decíale san José, tu amparo en el abandono y persecución que te mueven los hombres; y Tú eres, ¡oh esplendor de la gloria del Padre!, mi consuelo y fortaleza en esta peregrinación. Delante de Ti está mi corazón, y mi silencio te habla”. Además, el ver caer los ídolos al entrar en este pueblo idólatra y el contemplar los ejemplos de virtud de Jesús y María, consoló sobremanera el corazón de nuestro Santo, porque previó que aquellas semillas de santidad crecerían más tarde en árboles frondosos, en cuyas ramas se anidarían, cual aves del cielo, cantando alabanzas a Jesús y a María, tanta multitud de santos anacoretas, confesores, vírgenes y mártires los más ilustres... ¡Oh santo mío! Dame a gustar cuán dulce y suave es el trato con Jesús por medio de la oración, para que, probados los castos deleites del espíritu, desprecie los sucios y vanos de la carne.

Punto tercero Compara ahora tu conducta, devoto del Santo, con las lecciones de obediencia y confianza en Dios que te da san José. Huye, le dice el ángel, huye, de las impotentes iras de un reyezuelo, si quieres salvar al Niño Dios y a la Madre de Dios, y huye a Egipto... ¡Gran Dios!, hubiera podido replicar san José; ¡huir!, ¡último recurso de la flaqueza!, ¡huir el Criador de sus débiles criaturas!... ¿No sois Vos el Dios del Sinaí que libertasteis del cautiverio, a costa de tantas maravillas, a los hijos de Israel? ¿Y por vuestro Hijo unigénito no obraréis siquiera un prodigio, menos aún, no hallará en su patria un lugar donde ocultarse y burlar la vigilancia de sus perseguidores? ¿Quién le reconocerá por el Mesías y le adorará por el Hijo del omnipotente?... Mas san José no pide prodigios; adora en silencio las disposiciones de Dios, y no se cuida más que de obedecer cuanto antes, huyendo a Egipto. No le asalta tan siquiera la idea de la dificultad del viaje. Dios es su luz, su protección y salud, ¿a quién temerá? ¡Oh alma devota del Santo! ¡Cuánto tienes que aprender de tu padre y señor san José en este paso! Mira cuán falta estás de obediencia, pues siempre procuras hacer tu propia voluntad, y nunca con generosidad cumples tus obligaciones, lo que te manda Dios. Por eso eres desgraciada y vives vida infeliz. Reflexiona, por otra parte, cuán poco confías en el Señor. Le invoca tu labio, pero lejos de Él está tu corazón. ¡Desdichada!, te apoyas en las ayudas del mundo, que cual palillos de romero seco, en poniendo algún peso de contradicción, se quiebran y te lastiman. Apóyate de hoy más en Dios y en la ayuda de tu padre y señor san José, que no se mudan, y nunca serás confundida y saldrás felizmente de todos tus apuros. ¡Oh mi señor san José!, a vos acudiré siempre en mis necesidades. Sed mi ayuda y constante protector. Amén.

EJEMPLO

Una distinguida señora escribió con fecha de 29 de enero de 1866, a una amiga suya, participándole el favor que acababa de recibir de san José.

Una persona ya entrada en años, por la cual ella se interesaba mucho, vivía en un completo olvido de sus deberes religiosos, de suerte que hacía más de treinta y cinco años que no había recibido ningún sacramento ni practicado acto alguno de devoción. Ni las instancias reiteradas de varios amigos influyentes, ni los avisos providenciales enviados a esa oveja descarriada, fueron bastantes para ablandar su corazón empedernido. Cayó enfermo ese infeliz, y se puso de cuidado; entonces fue cuando la caritativa señora, alarmada por el estado crítico de su querido anciano, buscaba medios para que no

se perdiese aquella alma que tanto había costado al divino Redentor; y acordándose del grande poder del patriarca san José (de quien era muy devota), para socorro de los moribundos, le suplicó que viniese en su ayuda, llena de fervor le prometió hacer la devoción de los *Siete Domingos* en memoria de sus dolores y gozos, esperando le alcanzase la conversión del enfermo que ella tanto deseaba. ¡Cosa admirable! Ya en el primer domingo, san José empezó su obra: fue un sacerdote a visitar al enfermo; este lo recibió muy bien; le insinuó que quería confesarse, hizo una confesión entera y muy dolorosa, y pidió le administrasen los demás sacramentos al día siguiente. A pesar de su extrema debilidad, el buen anciano recibió de rodillas en la cama a su Dios, a quien había olvidado por tan largo tiempo, y desde entonces no cesó de demostrar la alegría de que estaba llena su alma. Había perdido la fe, pero la recobró, y con ella una eterna gloria. ¡Ojalá este nuevo favor, obtenido por medio de la devoción de los *Siete Domingos*, mueva a otras buenas almas a practicarla para conseguir la conversión de aquellas personas por las cuales se interesan!

Obsequio. Prívate, esta semana, del gusto de ver y ser visto curiosamente por amor de san José.

Jaculatoria. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Oración final y los siete dolores y gozos.

SEXTO DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y el gozo de san José a su vuelta de Egipto.

Del cielo oyendo la voz
José a Nazaret camina:
en su pecho nueva espina
clava Arquelao feroz.

Pero un ángel se aparece
que con suavísimo acento
le infunde valor y aliento,
y su inquietud desvanece.

Por la señal, etc. y oraciones

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la vuelta de Egipto.

Composición de lugar. Contempla a María y a José regresando con Jesús de Egipto a Jerusalén, su patria, llenos de gozo.

Petición. ¡Oh hermoso cielo! desterrado de mi patria, ¿cuándo te poseeré con Jesús, María y José?

Punto primero. Considera, devoto del Santo, lo que sufriría su tierno corazón en la vuelta de Egipto. No volvía de aquel cautiverio precedido por la nube de fuego que guiaba a los hijos de Israel por las arenas del desierto; ni Dios Padre obraba ruidosos

prodigios para mostrar la divinidad de su Hijo. Dejole al cuidado y vigilancia de san José, para que el Santo salvase al Salvador y librase de la muerte al Inmortal, de igual modo que si fuera el hijo mas desvalido... ¡Cuántos trabajos para el Santo en tan largo viaje! El divino Infante, ni era tan pequeño que pudiese ser llevado en brazos, ni bastante grande y fuerte para poder ir a pie... Contempla a estos pobres viajeros, fatigados del camino, cómo descansan bajo la erguida palma del desierto... Mira al divino Jesús reclinado sobre el seno de su adoptivo padre san José, el cual, para preservarle de la inclemencia de la noche, le cubre con su pobre manto. Contempla la tranquilidad con que duerme el buen Jesús bajo la protección y cuidado de san José... Está en el desierto, rodeado de fieras, con peligro de ser asaltado por ladrones; mas reposa dulcemente, porque vela su sueño a su lado el vigilante san José... También vela por ti, oh devoto del Santo, este fidelísimo custodio de las almas. ¡Oh, si le conocieses y amases, cuán confiado vivirías bajo su protección! ¡Cómo no temerías los peligros de la vida, ni el paso de la muerte!... Aviva tu fe y confianza en la omnipotente protección del patrón universal de los fieles, y gozarás en las borrascas de la vida abundancia de seguridad y de paz.

Punto segundo. Las incomodidades del viaje templábanse en el corazón de nuestro Santo con el gozo de volver a su querida patria y poder fijar su morada entre el pueblo escogido de Dios; y aunque pudo infundirle temor el saber que, muerto Herodes, reinaba en Judea su hijo Arquelao, un ángel del Señor le ordena en sueños que vuelva a Galilea, y que viva allí sin zozobra ni sobresaltos de temor por la vida de su adorado Jesús... Aquí san José, rodeado de su querida esposa María y recreado con la compañía y gracias infantiles de su Jesús, pasaba la vida más feliz y dichosa que se puede desear. Muertos sus perseguidores, restablecido a su pueblo, aseguradas ya la vida y subsistencia de Jesús y María, ¡cuán dulce cosa sería al corazón de san José recodar en familia los peligros que habían pasado por salvar a su Jesús!... ¡Cómo Jesús, tierno Niño aún, se complacería en oír estas sentidas pláticas, y se desharía en muestras de afecto y gratitud por sus bondadosos padres!... ¡Oh, quién pudiera participar de la dicha purísima que mora en los corazones de Jesús, María y José en la modesta casa de Nazaret!... Ni el contento del soldado restituido al hogar doméstico con los laureles de cien victorias, ni el gozo del marinero arribando salvo al puerto después de mil deshechas tormentas, ni el consuelo de una madre que abraza contra su seno al hijo único de sus entrañas después de larga ausencia, ni... nada en fin, de este mísero suelo puede compararse con la alegría y gozo subidos que gustaba el Santo en la modesta y tranquila vivienda de Nazaret... ¡Con qué efusión de su alma agradecería a Dios Padre la providencia amorosa que sobre ellos tuvo en sus apuros! Hincábase de rodillas y mejor que Moisés repetía, recordando los beneficios recibidos: “Cantemos al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar del olvido a mis perseguidores. Este es mi Dios y la fortaleza mía y el objeto de mis esperanzas, porque ha sido mi Salvador”.

Punto tercero. La solicitud de san José en preservar al Infante Jesús de sus perseguidores, debe ser para ti, devoto del Santo, una de las lecciones que más presentes debes tener. Este cuidado del Santo debe enseñarte, si eres destinado a dirigir la juventud, el esmero con que has de apartarla de las personas, lugares y lecturas peligrosas; si eres padre de familia, el modo de salvar a tus hijos de la muerte

del alma, preservándolos de la que las malas compañías ocasionan a la incauta juventud; y a todos, en fin, nos enseña san José con su ejemplo la necesidad de huir de las ocasiones próximas del pecado, que como fieros Herodes dan la muerte eterna a innumerables almas... Examina, pues, devoto de san José, cómo has imitado al Santo en este punto. ¿Cuál es tu vigilancia sobre tu corazón? ¿Dominas los afectos de tu alma? ¡Ay! ¡Quizás estás atado al pecado con fuertes cadenas, labradas por la costumbre y fortalecidas con la ocasión! ¡Lloras tal vez sobre la inconstancia de tus propósitos, y no tratas de huir de la ocasión de pecar!... ¡Pobrecilla! Es inútil tu llanto, serán estériles todos tus esfuerzos, si no cortas la raíz del mal que es la ocasión. Huye más que de la vista de la serpiente, no solo del pecado, sino de la ocasión, como son las personas, conversaciones, lecturas, diversiones, miradas peligrosas... Así vivirá Jesús en tu alma, y no temerás te lo quite el pecado con sus seducciones... ¡Oh padre mío san José! Salvadme de mi inconstancia, ayudadme a romper mis cadenas del vicio, pues quiero huir del Egipto del pecado para pertenecer totalmente a mi Jesús. Amén.

EJEMPLO

La intercesión de san José es de mucho valor en las tentaciones de los sentidos, que suelen ser las más seductoras y peligrosas.

Podría esto confirmarse con muchos ejemplos, pero bastará el siguiente, sacado de las historias de la orden carmelitana. Había en el convento de Perpiñán un religioso de singular virtud y pureza, el cual se vio atacado una noche por el espíritu maligno; duró toda la noche la batalla, siempre decidido a batir el orgullo de su enemigo, y por fin pudo cantar victoria auxiliado de la gracia divina. Al día siguiente habiendo ido el casto religioso a la ciudad con el prior del convento, se encontró con un hombre de venerable aspecto y le dijo: "Padre, ¿por qué en las molestias que sufristeis en la noche pasada no os acordasteis de san José, y no implorasteis su auxilio, rezando a lo menos su conmemoración, para que os ayudase en aquella necesidad?" Turbado el religioso porque le había declarado su interior, quiso responderle, pero desapareció al momento, por lo que se persuadió que aquel hombre venerable era san José, quien se complace en que le invoquemos y confiemos en su protección, mayormente en estos casos en que peligran tanto la virtud.

Oración final y los siete dolores y gozos.

SEPTIMO DOMINGO

Se consagra a honrar los dolores y gozos de san José cuando después de haber perdido a Jesús, lo halló en el templo.

Al que es su luz y consuelo
el patriarca ha perdido,
y pierde casi el sentido
presa de profundo duelo.

Pero cual tras noche oscura
más brilla el vivo arrebol,
goza José al ver el sol
de su gloria y su ventura.

Por la señal, etc. y oraciones

Meditación

Sentimientos del corazón de san José en la pérdida del Niño Jesús.

Composición de lugar. Contempla a María y a José buscando transidos de pena a su hijo Jesús por tres días, y después inundados de gozo al hallarle tan honrado en el templo con los doctores.

Petición. Glorioso san José, alcanzadme la gracia de primero morir que pecar, y la que os pido en estos Siete Domingos a mayor gloria de Dios.

Punto primero. Deslizábanse tranquilos los días de la vida de san José en la modesta tienda de Nazaret, como corren calladamente al mar las aguas del manso río. Ganaba el pan con el sudor de su frente en el humilde oficio de carpintero, es verdad; pero este sudor lo enjugaban, o al menos lo refrescaban, la presencia y conversación de su divino Jesús... ¡Oh! ¡Gozar en este destierro de la compañía y trato familiar de Aquel que forma las delicias de los bienaventurados, es la suprema dicha a que puede aspirar un mortal!... Pero Dios, que mezcla el gozo con el llanto para dar mayor ocasión de merecer a sus siervos, permite días de grandes tempestades, y a esta ley debían estar sujetos María y José... Muchos fueron los dolores de san José, mas el que experimentó en la pérdida de su Hijo, superó a todos... Orígenes asegura que san José sufrió en esta ocasión más que todos los mártires... Jesús, hasta entonces tan sumiso y atento, se aparta de sus padres; los deja partir sin advertirles su designio, prevé el abismo de penas en que ha de sumirles su pérdida, y sin embargo los abandona. ¡Qué dolor para nuestro Santo!... ¡Su humildad profunda teme haber perdido por su culpa aquel tesoro!... Ignora si será perpetua esta separación. Tal vez solo quiso el Señor confiar a sus cuidados a Jesús durante sus infantiles años... Quizás padece ya por los hombres..., quizás empieza a verter su sangre lejos de sus paternos ojos... ¿Quién podrá medir el dolor y las angustias de un alma tan santa como la de nuestro patriarca, apartada de la presencia de su Dios? ¡Oh santo mío! Dame a gustar de tu pena, para compadecerte y compadecer a las almas a quienes Dios se oculta con amor, y llorar las veces que yo le he perdido por mi culpa.

Punto segundo. San José con María su esposa no se entregó a una consternación inerte... al descubrir la falta de Jesús, buscó a Jesús diligentemente en el camino y en Jerusalén, sin dejar sitio por registrar, ni persona a quien pedir... ¡Jesús, hijo mío! –iba clamando san José-, ¡hijo mío Jesús!, “¿adónde te escondiste, amado mío y me dejaste con gemido? ¡Como la cierva huiste! ¡Voy corriendo en tu busca, y no te encuentro!”. Hechas en lo humano todas las diligencias sin resultado, acuden al templo a encomendar a Dios el negocio. Mas ¡oh sorpresa!, ¡oh gozo inexplicable! Ven al Niño Jesús, a quien lloraban perdido por tres días, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndolos e interrogándolos, y admirando a todos con la profundidad y sabiduría de sus respuestas. Suspensos y llenos de estupor, adelantándose María, le dice: “Hijo mío, ¿por qué obraste así? Tu padre y yo te buscábamos consternados”. Tiernísima reconversión fue esta, por cierto, para lo cual la autorizaba su calidad de madre, y que nos revela la vehemencia suma del dolor que experimentó san José, a

quien María llama por esto con el tierno nombre de padre. ¡Oh corazón paternal de mi señor san José! ¡Cómo exclamarías en esta ocasión con el profeta: A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos ¡oh buen Jesús! llenaron de alegría mi alma! Llorábase perdido, hijo mío Jesús, maltratado, ignominiosamente muerto, y te hallo en el templo honrado y admirado de los doctores, dándoles vida con tu doctrina celestial... Aprende, ¡oh devoto del Santo! la diligencia con que debes buscar a Jesús, si por desgracia le pierdes por el pecado. No le busques donde le perdiste, esto es, en el bullicio del mundo, no en medio de amigos y parientes, sino en el retiro y soledad del templo, en el recogimiento de la oración, en el sosiego del santuario. Aquí Jesús se manifestará a tu alma, será tu Jesús que llenará los senos inmensos de tu corazón... ¡Oh mi Jesús, a quien tantas veces he arrojado de mi alma por el pecado, ven y abrázame con tu gracia, y muera yo en tu amor!

Punto tercero. Saca por fruto de esta meditación el imitar al divino Jesús en la conducta que observó con sus padres. Aunque Jesús aprobó en su interior la reconvención que le dio su Madre, nacida del tierno amor que le profesaba, para nuestro ejemplo repuso gravemente: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en los negocios que conciernen a mi Padre celestial?”... ¡Qué lección encierran estas divinas palabras para tantas almas débiles y contemporizadoras, que no reparan en faltar a su conciencia y resistir a los llamamientos del cielo por no malquistarse con el mundo, por no romper con una amistad! ¡Ay dolor! Para todos se guardan atenciones menos para nuestro Dios: se teme incurrir en el desagrado de las criaturas, y no se teme descontentar a Dios: la gratitud nos obliga, la buena cortesía nos sujeta a mil descortesías e ingratitudes con nuestro primer amigo y principal bienhechor. ¿Y por qué todo esto? Porque nos olvidamos de que la primera ley superior a todo que debemos observar, es la gloria de Dios cumpliendo su santa voluntad... ¿Lo exige la divina gloria? ¿Cumpliréis la voluntad de Dios? Romped cualquier vínculo, renunciad a vuestra casa y comodidades, a vuestros padres terrenos, para seguir el llamamiento del Padre celestial. “Pisad por ellos, si se oponen a vuestro paso al cumplir este máximo deber”, dice san Jerónimo... Primero Dios que todo, porque debemos más a Él que a nadie. La primera gratitud, la primera obediencia, la primera atención para Dios; y en tanto debemos guardar la ley a los demás en cuanto no se oponga a la del Señor... Húndase el mundo antes que descontentar a mi Dios; húndase todo antes que ofender a Dios. Su gloria y el cumplimiento de su voluntad santa serán la norma de mi conducta, mi alimento, mi vida... ¡Oh Jesús, María y José!, hacedme la gracia de vivir y morir cumpliendo vuestra santísima voluntad. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

El P. Barri cuenta en su historia el hecho siguiente, refiriéndose a la narración que de él hace la misma persona a quien aconteció. Habiendo este cometido un enorme pecado contra un voto que había hecho, no pudo vencer la vergüenza que la impedía de confesarle en el tribunal de la penitencia. Por algún tiempo permaneció en el desagrado de Dios, y siempre estimulada por los remordimientos de su conciencia, que no podía sofocar no obstante sus esfuerzos; hasta que al final se acordó de llamar a san José en socorro de su flaqueza, e invocarle en las repugnancias de que era víctima. Con este fin recitó por nueve días seguidos el himno y oración del Santo, y acabada la novena se sintió con tal fuerza y valor, que venciendo todas las dificultades se fue a postrarse a los pies de un sacerdote, confesándole

todo sin reserva. Desde entonces consideró a san José como su libertador, confióle el cuidado de su alma, y se impuso el deber de traer siempre consigo su imagen misma, aun durante la noche, para que le sirviese de escudo contra los malos sueños, y el Santo, en recompensa de su devoción y fidelidad, le alcanzó gracias extraordinarias.

Obsequio. Lo más que me permitan mis pensamientos visitaré y moraré en espíritu en la casita de Nazaret con Jesús, María y José.

Jaculatoria. Jesús, José y María, guardadme siempre en vuestra compañía.

Despedida a san José

A Dios, José santísimo,
mi amable protector;
libradme del pecado
con vuestra bendición.

¡Cuán deleitoso tiempo
el que con vos se pasa,
en fervidos coloquios
y en amorosas pláticas!

Mentar vuestras virtudes
y hablar de vuestras gracias,
es como oler las flores
de célica guirnalda.

Con su aroma divino
mi espíritu se inflama,
se enardece mi celo
y mi fe se agiganta.

Avivad, José amado,
ese fuego en mi alma,
y hallará vuestro Hijo
en mi pecho morada.

Allá el mundo me espera,
y con risa sarcástica
delicias mil me brinda,
asaz tristes y amargas.

Libradme de sus lazos
con vuestra bendición;
a Dios, José santísimo,
mi amable protector.

J. M. y M.